



Foto: Ali Colmenares/igracultura

Las novelas de escritores dominicanos revelan cómo la vida de los inmigrantes negros que movieron la economía azucarera, es un testimonio de la xenofobia y la explotación que define la mentalidad patriarcal en América Latina y del Caribe.

La vida de los inmigrantes caribeños es una historia de novela

Adela González Muñoz*

Hay mucho más en común de lo que podríamos suponer entre la historia de la inmigración laboral de República Dominicana y de Venezuela. Y una de las fuentes más ricas para encontrar los rasgos de estas similitudes es la literatura caribeña. Un grupo de novelas de escritores dominicanos rescatan del tiempo trazos de cómo fue la vida de los inmigrantes negros reclutados y traídos de las Antillas Menores a los cañaverales dominicanos a finales del siglo XVIII.

Los ingenios de San Pedro de Macoríes, Santo Domingo, Puerto Plata y La Romana fueron el polo laboral donde se asentaron los trabajadores que llegaban con ilusiones de mejorar sus vidas; abrigaban la esperanza de que el trabajo les permitiera progresar y regresar a sus tierras natales. Ese sueño se desvanecía pronto, a fuerza de la discriminación y el aislamiento al que los condenó la sociedad dominicana.

Esta es la historia que nos cuenta Lancelot Cowie, estudioso de la literatura caribeña de la University of West, de Trinidad. Las novelas que Lancelot Cowie cita

en su estudio, titulado «*Cocolos, emigración y narrativa dominicana*», son obras que reivindican al grupo llamado despectivamente «cocolos» en República Dominicana. Con el nombre de «cocolos» se llama a los negros inmigrantes de St. Kitts, Nevis y Anguila. El término probablemente se origina de la derivación del portugués «o coco», con que se nombraba en ese idioma a los negros provenientes de África.

La vida de los cocolos está reflejada en novelas como *Tiempo Muerto*, de Avelino Stanley, *Jengibre*, de Pérez Cabral, *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo* y *El Personero*, de Efraim Castillo; *Cañas y bueyes*, de F.E. Moscoso Puello; *Batey*, de Tarquino Donastorg; y *Over*, de Ramón Marrero Aristy.

Estas novelas ofrecen «una reivindicación literaria del grupo cocolo -dice Cowie- exaltando sus virtudes, su resistencia, su pensamiento y vida cultural». Estas obras, en su conjunto, permiten conocer imágenes de la vida del negro inmigrante que llegaba a la



Fotos: Carmen Pulido



República Dominicana: «...la azarosa travesía marítima y el primer encuentro con la tierra extranjera, el traslado a los barracones infernales de la zafra azucarera, la adaptación a la labor agotadora, el abuso y la discriminación, la desilusión, el sueño frustrado del regreso al hogar y su cultura» (1), todo ello se describe en estas obras.

Uno de los personajes de *Tiempo muerto* cuenta cómo inició para él y sus compañeros el viaje a tierras dominicanas, en aquel tormentoso viaje por mar: «...parecíamos momias negras... nos demoramos tanto que el hambre no nos mató porque éramos negros. Y el negro pasa tanta hambre en su vida que puede morir sin comer, pero no muere de hambre» (2).

En el batey, los braceros sufrían el hacinamiento, las terribles condiciones de la zafra, el fango donde se atascaban carretas y bueyes, el sol abrasador y la tarea infernal de la bagacera, el cañaveral incendiado, al que había que meterse a trabajar. Los salarios que recibían se reducían a un 'vale', un papelito con que nada más se podía comprar en la única bodega del batey. Sólo podían comprar lo que allí vendían. Les despachaban por el valor del vale, y si no consumían todo su valor, no le devolvían dinero, sino otro vale.

Explica Cowie que este sistema les impedía hacer ahorros, y en consecuencia, les mantenía sometidos a una nueva forma de esclavitud. Vale recordar que ese sistema de salarios fue aplicado en forma similar en Venezuela, contra los aborígenes, en la vieja época de la explotación del caucho y, más recientemente, en los ingenios azucareros, contra los inmigrantes colombianos.

Hay mucho más en común de lo que podríamos suponer entre la historia de la inmigración laboral de República Dominicana y de Venezuela.

Inmigrantes: ¿arma de doble filo?

Además, el relato de Lancelot Cowie refiere la feroz discriminación hacia el haitiano, también brace-

ro en la explotación azucarera de República Dominicana. Bajo la ideología racista que instaura el dictador Leonidas Trujillo, al haitiano se le considera inferior al cocolo, y se le mira como a una amenaza latente.

En la novela *El Personero*, su autor Efraim Castillo cita un supuesto documento del ideólogo de la Era de Trujillo, Monegal, que le escribe al dictador, donde refleja su perspectiva sobre la frontera con Haití y sus inmigrantes. Allí le alerta: «... Si damos rienda suelta a una política cañera estaremos afilando el cuchillo para nuestras gargantas... ¿Cómo vería usted que nuestra riqueza cañera, a mediano plazo, se convirtiera en una dependencia de la mano de obra haitiana? Así el batey, Su Excelencia y Líder, se convertiría en un microcosmos haitiano, en una célula cultural completa, en donde los odios ancestrales saldrán a flote y la noche de los cuchillos, más tarde que nunca, asolará la Patria... Así, la Frontera deberá ser el lugar para la vigilancia eterna, llevando hasta ella hombres y mujeres puros, que evadan todas las tentaciones que la corrupción del contrabando puede ofrecer. Estas dos variables enriquecerán robustamente la política migratoria y fortalecerán los dos poderosos signos de nuestra nacionalidad: el mulataje y la lengua». (3)

En las novelas estudiadas por Lancelot Cowie, los escritores plasman impresiones acerca de la «altanería» e indocilidad del cocolo, menos sumiso que el haitiano. Cita a F. E. Moscoso Puello, quien refiere

que el recurso de los cocolos es fingir no entender: «*Mi no compredí*’... Cuando dice esto es para hacer su voluntad. Para no obedecer. Cuando un cocolo termina por no entender lo que se le está diciendo, cuando olvida el español, hay que dejarlo». (4)

Los cocolos dieron cauce a su rebeldía en la formación de sindicatos que promovían la unidad laboral. Además, entre los esfuerzos por constituir su dignidad, los cocolos procuraban dominar la lengua de sus patronos. Uno de los personajes de la novela *Tiempo Muerto*, de A. Stanley, dice: «*Tomé el periódico y, de tanto leerle y releerlo ... terminé aprendiendo esa lengua... leía los pedazos de periódicos en los que el vendedor de pescado envolvía su mercancía ... Saber leer me ayudó a aprender una forma de defensa*». (5)

Anota Cowie que los cocolos han dejado «una impronta cultural, ética-laboral y lingüística en la República Dominicana» y por ello acusa el olvido en la literatura dominicana del legado artístico de los cocolos: los bailes, los instrumentos musicales y los personajes carnalescos traídos de St. Kitts, Anguila, Tórtola, Nevis y Antigua, como los Momises y los Guloyas. En la gastronomía también los cocolos hicieron su aporte a la sociedad dominicana: el yanikeke, el domplín, el fungí, el mabi y la bebida navideña «guavabery».

El balance de Lancelot Cowie acerca de la imagen que la literatura dominicana plasma del inmigrante negro da cuenta de un todavía tímido acercamiento a su sentir y su vivencia: «Es probable que los escritores hayan concentrado su interés en la recuperación del cocolo como un ser humano integral y no como súbdito explotado, aunque la única novela escrita desde una perspectiva cocola es *Tiempo muerto* de Avelino Stanley; el resto ofrece una mirada aún distante».

Gracias al estudio de la obra literaria del Caribe, seguida con rigor por Lancelot Cowie, podemos apreciar cómo la explotación de la mano de obra inmigrante en República Dominicana es un reflejo de historias similares, vividas por inmigrantes caribeños y latinoamericanos en países igualmente caribeños y latinoamericanos. Venezuela, por ejemplo, ha sido uno de esos territorios en que abundan episodios de discriminación y explotación contra los inmigrantes colombianos.

Lancelot Cowie fue el conferencista principal del Vigésimo Simposio de la Asociación de Estudios del Caribe (Aveca), que se celebró en octubre de 2004 en la Universidad de Los Andes Táchira. Para ese momento su conferencia, citada aquí, era inédita. Este simposio se tituló «Los estudios del Caribe en los albores del siglo XXI: Desafiando los bordes». Allí escritores, poetas,

sociólogos, politólogos e internacionalistas de Venezuela y el Caribe buscaron afinidades entre los estudios sociales, culturales y literarios sobre esta ‘amplia frontera norte’.

La narrativa caribeña ofrece valiosos testimonios sobre la vida de los hombres que trascendieron y trascienden las fronteras en búsqueda de su bienestar, su identidad o su libertad. Con sus imágenes y relatos atrapa la atmósfera de un mundo de múltiples dimensiones económicas, políticas, sociales, culturales y ambientales, que transforman al inmigrante y al nativo, quienes se entroncan en un encuentro sin retorno. (AGM)

* Prensa NUTULA

Licenciada en Comunicación Social

E-mail: adelagonzalez123@hotmail.com



Foto: Carmen Pulido

Notas

(1) Cowie, Lancelot (2004) **Cocolos, emigración y narrativa dominicana**. Ponencia inédita, presentada el 30 de Septiembre en el Simposio «Desafiando los bordes: Los estudios del Caribe en los albores del siglo XXI», organizado por la Asociación Venezolana de Estudios del Caribe (Aveca) y la Universidad de Los Andes Táchira.

(2) Avelino Stanley. *Tiempo Muerto*, citado por Cowie, Lancelot. Ob. cit.

(3) Efraín Castillo. *El Personero*, citado por Cowie Lancelot. Ob. cit.

(4) F. E. Moscoso Puello. *Cañas y bueyes*, citado por Cowie Lancelot. Ob. cit.

(5) Citado por Cowie Lancelot. Ob. cit.